



Educación es sembrar esperanza¹

Ana Cristina Pepe²

“Nada debe parecer imposible de cambiar”
Bertolt Brecht

Entre agosto y noviembre del año 2006 y con motivo de hacer un trabajo de campo para una investigación, me encontré compartiendo jornadas completas en las salas de profesores de una docena de escuelas secundarias de la ciudad de Córdoba. Como el trabajo era a partir de encuestas sobre adicciones, el intercambio con los docentes era esperable. Sin embargo el motivo del trabajo resultó ser un disparador para conocer cuál era la postura con que cada docente asumía su rol. Dos frases resumen las que más llamaron mi atención: “los chicos reflejan lo que son las familias, cuando llegan a nosotros ya no podemos hacer nada” y “sólo necesitan que seamos carceleros, no maestros”. Casi al mismo tiempo, una suplencia en una escuela ubicada a escasos kilómetros de la capital de Córdoba, zona rural, me sorprendió con comentarios de colegas en esa misma línea: “No te esfuerces, ellos no estudian, su suerte ya está echada”, y “¡Ah! no podemos sancionarlos, ni aplazarlos”. Finalmente allí estaban ellos, los chicos, preguntándome, después de más de medio año de horas libres en la materia... “Seño, ¿para qué nos sirve aprender esto?”

Ante tantas cuestiones y afirmaciones también yo comencé a preguntarme... ¿Desde dónde y para qué educamos en una sociedad que se dice plural, donde las interpretaciones sobre la misma realidad -que sirven de marco para nuestras prácticas pedagógicas- varían según los enfoques éticos y antropológicos en los que nos posicionamos? Pero la pregunta real resultaba ser más personal y sencilla, ¿desde qué actitud educamos?

Arribamos a estos interrogantes descubriendo dos extremos que se vislumbran en las prácticas docentes, “esperar” y “desesperar”, términos que como sabemos no se dan por separado, sino que se suceden pendularmente en la tensión de dichas prácticas. Dos definiciones que encontramos en Gabriel Marcel como “amar” y “capitular”. Partiremos de esta última, porque refleja lo que disparó nuestra reflexión.

“Capitular, en el sentido estricto del término, no es sólo, y quizá no es en absoluto, aceptar la sentencia emitida, o reconocer lo inevitable como tal. Es declararse derrotado en presencia de esa sentencia... Es en el fondo, renunciar a seguir siendo uno mismo, estar fascinado por la idea de la propia destrucción hasta el punto de anticiparsele”³.

El opuesto: “Amar a un ser es esperar de él algo indefinible, imprevisible; es a la vez darle en cierto modo el medio por el cual podrá responder a esa espera. Sí, por paradójico que pueda parecer, esperar es, en cierto modo, dar...”⁴.

Entendemos que el acto de enseñanza-aprendizaje no está ajeno al mundo, la tensión que hoy desafía a los docentes, tanto como a los alumnos, nos pone en estrecha relación con las problemáticas sociales. Entre ellas, la violencia en todas sus formas, desde la negligencia burocrática estatal hasta el maltrato físico y psicológico, resulta ser el espacio cotidiano de muchos niños y jóvenes. Pero por este mismo contexto, la escuela se ha convertido en algunas comunidades en el único y último ámbito donde es posible reconocer y adquirir valores. Entonces este “acto de enseñanza-aprendizaje” puede volverse un acto de justicia.

Hoy más que nunca el conocimiento significa poder y, si en nuestro caso, se pone al servicio de una búsqueda continua por igualar oportunidades, es la posibilidad de “construir la equidad en contextos multiculturales”, como afirma A. Bishop. Pero para esto es necesario pensarla nuevamente como un “proceso”, de “naturaleza social, humana y esencialmente interpersonal”⁵.

1 Ponencia presentada al III Congreso Regional de Educadores “Ser persona para ser docente”, Corral de Bustos, Córdoba, Argentina, 12 y 13 de octubre de 2007.

2 Licenciada en Filosofía. Miembro del Instituto Emmanuel Mounier Argentina. (Ver más en nuestro link de Autores).

3 Marcel, G.: *Prolegómenos para una metafísica de la esperanza*, Ed. Nova, Buenos Aires, 1944, p. 42.

4 Ibid., p. 55.

5 Bishop, A. J.: *Enculturación matemática. Desde una perspectiva cultural*. Ed. Paidós, 1999, s/d. Cap. 1: “Hacia una manera de conocer”, p. 31.

Si acordamos que el propósito de la educación es mucho más que transmisión de conocimientos, porque se orienta al desarrollo de la identidad que permite a los sujetos que se responsabilicen de sus actos, nos encontramos, como docentes en una posición privilegiada, y a la vez comprometida. Entonces la indiferencia o el aislamiento, actitudes comunes como las que expusimos al comienzo y que sirven para evadir nuestra responsabilidad, nos pueden servir también para el reconocimiento y análisis de las prácticas, ya que *nuestras actitudes* son las herramientas directas que ofrecemos a los alumnos para su formación. Como indica la sabiduría popular “un ejemplo vale más que mil palabras”. Y ejemplos hay muchos, y en todas direcciones...

Organización y transmisión del conocimiento, aprendizaje y enseñanza, convivencia, articulación de necesidades y recursos en favor de la equidad, es algo de todo lo que muchos docentes logran en la interacción escolar, en fin, lo que en muchos docentes también sintetiza la frase: “hacer un mundo mejor”. Sin embargo... “no se hace un mundo mejor si nuestro interior está mal”⁶.

Esta enunciación de Carlos Díaz nos pone a tiro de lo que debiera ser una rutina en nuestro trabajo docente: revisar nuestro interior. No basta pensar en el sustento teórico ni en el metodológico, si no albergamos la esperanza de interactuar con los alumnos, para que ellos decidan, en el momento oportuno, qué quieren ser y cómo contribuir a la construcción de este mundo. Esto se transmite desde una postura vital crítica frente a nuestras propias capacidades, habilidades y juicios, no desde la práctica repetitiva y ajena, que no sólo cierra el tiempo y las posibilidades del alumno, sino también de nosotros, los docentes, que “desesperados” ya no formamos parte de la alternativa, sino que reproducimos en las aulas el mismo mundo individualista y mercantilista. Cada uno conoce el motivo que lo lleva a ser docente, y más, como adulto no puede desconocer la responsabilidad que conlleva trabajar en la brecha de un presente que abre o cierra posibilidades al futuro. Revisar nuestras prácticas no nos hace invulnerables, sin embargo, la fragilidad es parte de la condición humana, tanto como la creatividad y la confianza que posibilitan las relaciones comprometidas con los otros.

J. C. Tedesco hace referencia a un dinamismo que debe existir a la hora de pensar en educación: “For-

mar para utilizar los mayores espacios de libertad y para construir su propia identidad, reconociendo la del otro, supone articulaciones distintas entre escuela y familia, medios de comunicación, empresas e instituciones políticas, así como articulaciones distintas entre lo básico y lo cambiante en el desarrollo de la personalidad”⁷.

Esto supone tiempo y capacitación, por lo que podemos encontrarnos con nuevos-viejos interrogantes: ¿qué sentido reviste la capacitación docente, inicial y permanente, sin una resignificación del oficio docente? Como todos sabemos, el oficio de educadores es un rol desprestigiado desde muchos ámbitos, estatal, familiar, y hasta de los mismos pares que, como vimos, se suman a este derrotero. Comencemos por casa, resignifiquemos nuestra labor primero en nosotros mismos, confiando que este posicionamiento se contagiará a otros, para luego trascender a la comunidad. Son numerosos los ejemplos de redes comunitarias que en nuestro país y en Latinoamérica han cambiado la realidad de miles de jóvenes, por supuesto no de un día para otro, pero para que existan estos procesos se necesitan personas comprometidas en el tiempo, y esto nos corresponde primero como adultos y mucho más como docentes. Vidas-testimonios son escuelas que andan, y si aun dudamos recordemos que muchos de nosotros hemos seguido esta vocación contagiados por algún docente que durante nuestros años de estudios acompañó y encauzó nuestro crecimiento.

En síntesis, nos sentimos comprometidos en la formación de personas libres y, por ende, responsables y críticas, que pueden descubrir su originalidad, y de ese modo tomar una postura frente a los comportamientos masificados que proponen como estilo de vida la globalización. Y para ello, como docentes, debemos arriesgarnos a vivir los valores que reclamamos en la sociedad, como decía Gandhi: “Debemos ser el cambio que deseamos ver en el mundo”. En este sentido e interpretando la definición de Marcel, amar es esperar, esperar es donar tiempo y donar tiempo es ¡darnos! Esta actitud que está presente en muchísimos docentes hace posible el doble milagro que es la escuela, es decir, tanto la transmisión de una herencia cultural, como la posibilidad concreta de dejarse transformar por lo nuevo.

6 Díaz, C.: *Filosofía de la razón cálida*, Ed. Emmanuel Mounier Argentina, Córdoba, 2005, p. 23.

7 Tedesco, J. C.: *El nuevo pacto educativo. Educación, competitividad y ciudadanía en la sociedad moderna*. Ed. Grupo Anaya, Buenos Aires, 1995, p. 102.